

UNA FIESTA «RESUCITADA»:
LA REPARACIÓN DE LA CINCOMARZADA EN LOS INICIOS
DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

RAÚL ALBERTO MAYORAL TRIGO*

La violencia con la que se impusieron los militares sublevados y sus simpatizantes civiles fue lo suficientemente expeditiva como para eliminar de un plumazo, en este y en otros muchos casos, físicos o no, décadas de tradición. El mito de la batalla del 5 de marzo de 1838, o el de la Zaragoza que lo construyó, que tanto habían dado que hablar, desaparecieron a partir de 1936-1937 enterrados bajo la losa del olvido. La misma que se echó sobre todas las historias de España que no concordaban con la cosmovisión de quienes pronto iban a ser vencedores en la guerra incivil. Y así siguió todo en lo tocante a la memoria de la *Cincomarzada* hasta la muerte del dictador en noviembre de 1975.

«ALGUNOS NI SIQUIERA HABÍAMOS OÍDO HABLAR DE ELLA...»

Así siguió todo en lo tocante a la memoria del 5 de marzo hasta la muerte del dictador en noviembre de 1975 y la posterior apertura del proceso de transición política, e incluso un poco más allá, cuando las cosas comenzaron poco a poco a discurrir por otros derroteros. En los primeros días de marzo de 1979 la ciudad se encontraba llena de carteles y propaganda electoral de todo tipo u orientación, y se esperaba que todavía lo estuviera más en los días siguientes, hasta el próximo abril, así que algunos calculaban en más de un millón de pesetas el coste de limpiar las calles. Por entonces, la confrontación para controlar próximamente el consistorio de Zaragoza se dirimía entre cuatro candidatos: el representante de la Unión de Centro Democrático (UCD) Miguel Merino Pineda, que también había ejercido como alcalde desde 1976; Ramón Sainz de Varanda, del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el partido mayoritario en la provincia; Hipólito Gómez de las Rocas, por el Partido Aragonés Regionalista (PAR), recién elegido diputado por la provincia en las elecciones del 1 de marzo; y Gonzalo M. Borrás, del Partido Comunista de España (PCE).

Como no todo tenía que ser política, por mucho que el contexto lo propiciara, los cines (treinta y uno todavía, incluyendo veintiuno de estreno y diez de reestreno) proyectaban,

.....
* Universidad de Zaragoza.

por ejemplo, *Las 1001 noches* de Pier Paolo Pasolini (Argensola); *Sonata de otoño* de Ingmar Bergman (Cervantes), *El expreso de medianoche* de Alan Parker (Don Quijote), el impresionante fresco histórico *Novecento* de Bernardo Bertolucci (Elíseos), *Interiores* de Woody Allen (Goya), *El cielo puede esperar* de Warren Beatty (Multicines Buñuel) o la española *El diputado*, de Eloy de la Iglesia y protagonizada por José Sacristán, en el Palafox. También había una abigarrada colección de películas subidas de tono, tan asociadas a aquella etapa de redescubrimiento: *Inocencia erótica* (Arlequín), *Emmanuel* y *Carol* (Gran Vía), «S» *el maravilloso mundo del sexo* (Madrid), *Contrólese, soldado* (Norte), *El genio* (Oliver), *La carrera de una doncella* (París), etc. Películas que, entre otras cosas, nos remiten a un panorama hoy desaparecido. Por su parte, la prensa anunciaba diversión «cada tarde» y «cada noche» en discotecas como *El Papagayo*, *1800*, *Cancela*, *Séneca*, *Liverpool*, *Iguana*, *Astorga's*, *Babiaca*, etc.¹.

El 5 de marzo de 1979 moría en Madrid asesinado por la banda terrorista GRAPO el general de brigada Agustín Muñoz Vázquez, perteneciente al cuerpo de Intendencia: cuando el militar se disponía a bajar del coche oficial que lo llevaba a su domicilio a las tres del mediodía, un individuo descargó contra él cinco disparos antes de huir, junto a otros cómplices, en un Seat 127 que abandonaron poco más tarde². Unas horas después, en torno a las ocho y media, estallaba una bomba junto al hotel ceutí Ulises, causando la muerte de una persona y heridas a otras dieciséis³. El atentado, además de otros que tuvieron lugar esa segunda mitad de los setenta en la actual ciudad autónoma norteafricana, permanece envuelto en la incertidumbre. Ni que decir tiene que ambos actos representan a escala concreta el terrorismo de esos años, parte de una violencia con un carácter poliédrico bastante más complejo y para nada unidireccional, un asunto sobre el que ahora empezamos a tener conocimientos más exhaustivos⁴.

En cuanto a nosotros la antigua calle del Cinco de Marzo, rebautizada como Requeté aragonés en 1936, conservó el nombre impuesto por los golpistas hasta recuperar el original en 1977. Su aspecto estaba para entonces tan cambiado como lo estaba el de buena parte de la ciudad, puesto que la vía de pretensiones burguesas creada a mediados del siglo XIX era ahora, después de la dictadura, una de las calles más concurridas de Zaragoza: se habían abierto allí todo tipo de comercios, desde cafeterías a hoteles, además de un imponente

¹ La cartelera de la ciudad, en *Aragón Express*, n.º 2793, lunes, 5 de marzo de 1979, p. 13.

² *Aragón Exprés*, n.º 2794, martes, 6 de marzo de 1979, p. 2; *ABC*, martes, 6 de marzo de 1979 y *El País*, martes, 6 de marzo de 1979. En octubre de 1980, fueron juzgados en la Audiencia Nacional por el crimen los miembros del GRAPO José María Sánchez Casas, Antonio Tosina García, Alfonso Rodríguez García y María del Carmen López Anguita, como comprobamos en *El País*, miércoles, 22 de octubre de 1980.

³ *El País*, miércoles, 7 de marzo de 1979.

⁴ Gracias, por ejemplo, a trabajos como los de Baby, Sophie, «Estado y violencia en la transición española: las violencias policiales», en Sophie Baby, Olivier Compagnon y Eduardo González Calleja (eds.), *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del Sur-América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 179-198, y de la misma autora en compañía de Muñoz Soro, Javier, «El discurso de la violencia en la izquierda durante el último franquismo y la transición (1968-1982)», en José Luis Ledesma Vera, Javier Muñoz Soro y Javier Rodrigo, *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*, Madrid, Editorial Siete Mares, 2005, pp. 279-304.

supermercado en su esquina, e incluso una pista de hielo en 1973 apropiadamente llamada El Ibón, ocupando el sitio correspondiente al antiguo Cinema Frontón y que, a su vez y mucho antes, había sido el frontón Jai Alai (el mismo que también albergó a los miembros del Requeté al comienzo de la Guerra Civil). Si a lo largo de la segunda mitad del Ochocientos y las primeras décadas del siglo XX el 5 de marzo, como práctica festiva, fue un buen termómetro para controlar la temperatura de la sociabilidad urbana, ahora parecía ser la calle del mismo nombre la que acaparaba esta labor metafórica. Por extensión, estos años verían la reaparición, casi podríamos decir que la reinención, del 5 de marzo como *Cincomarzada* festiva.

Porque en aquel momento tan ilusionante para los que lo vivieron como inestable y peligroso, tuvo lugar la celebración de la primera *Cincomarzada* tras el parón impuesto por la Guerra Civil y la dictadura, apenas unos días después de las elecciones generales del 1 de marzo y unas semanas antes de celebrarse, el 3 de abril, las primeras elecciones municipales de la democracia⁵. En realidad, hubo *Cincomarzada* pero en un domingo 4 de marzo (el 5 caía en lunes y era laborable), organizada por la Federación de Asociaciones de Barrio de Zaragoza (FABZ) y llevada a efecto en el parque del Tío Jorge, aunque inicialmente se la hubiera previsto en la más tradicional arboleda de Macanaz. Cuando divulgaba los hechos, y sabedor de que muchos de sus lectores no habrían oído hablar del acontecimiento, el periódico más leído de la ciudad parecía verse en la obligación de dar explicaciones: «para aquellos que no hayan oído nunca lo de *Cincomarzada* les diremos que se refiere a un combate que tuvo lugar en las calles de nuestra ciudad el 5 de marzo de 1838»⁶.

Aunque en ocasiones los medios de comunicación tiendan a desplazar hacia los márgenes aquello que representa una amenaza, o un cuestionamiento del poder establecido, en el caso que analizamos sucedió algo bastante cercano a lo contrario. La prensa, que en apariencia prestó una atención relativamente escasa a la improvisada celebración de 1979, adoptó en breves una actitud favorable: un medio como el *Heraldo de Aragón*, por ejemplo, no tuvo inconveniente en calificarla como una iniciativa «excelente», justificándola luego como una ocasión para que el pueblo «de Zaragoza vuelva a disfrutar de lo que es verdadera convivencia democrática»⁷.

Mucho tiempo después de aquella primera reinención algunos de los protagonistas confesaban el carácter improvisado y minoritario del acto. Los asistentes, apenas una treintena,

⁵ *Heraldo de Aragón*, martes, 6 de marzo de 1979, p. 11. Para el contexto más amplio de la Transición a nivel estatal, véanse Molinero, Carme (ed.), *La Transición, treinta años después*, Barcelona, Península, 2006; Sartorius, Nicolás, y Sabio, Alberto, *El final de la dictadura: la conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; y Gallego, Ferrán, *El mito de la Transición: la crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008. Con un ánimo igualmente crítico frente a las visiones teleológicas e individualistas, de corte político-institucional, que dominaban hasta hace no mucho la interpretación del cambio tras la muerte del dictador, habló Ysás, Pere, «La transición española. Luces y sombras», *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57.

⁶ *Heraldo de Aragón*, martes, 6 de marzo de 1979, p. 11.

⁷ *Ibidem*. *Aragón Expres* no hizo mención al acto.

habían quedado a las ocho y media de la mañana en las arboledas de Macanaz. Sin embargo, al llegar al lugar se encontraron con una abundante presencia policial, así que alguien sugirió la posibilidad de trasladar la fiesta al parque del Tío Jorge, donde solían jugarse partidos de fútbol las mañanas del domingo. Allí se dirigieron los participantes, sentando sin saberlo las bases para el que sería desde entonces y durante muchos años, lugar de celebración de la fiesta. Según recordaba Ricardo Álvarez, uno de sus impulsores, la idea de recuperar la festividad vino muy probablemente del representante de La Cartuja en la Federación de Asociaciones de Barrio de Zaragoza (FABZ), José Luis Martínez Blasco. La propuesta se hizo con seguridad en enero de 1979, aunque era tal el desconocimiento del hecho histórico, producto sin duda de cuarenta años de desconexión, que el mismo Martínez Blasco tuvo que explicar a sus compañeros en qué consistió el hecho histórico que se disponían a celebrar⁸.

Desde luego, era un buen momento para reinventar la celebración, ya que en esa España de finales de los setenta muchas cosas parecían estar por construir. Además, como en toda época de incertidumbre o transición, era asimismo el tiempo idóneo para el surgimiento de una «estructura de oportunidades políticas», alternativa a la dominante, con todas las limitaciones que pudiera imponer el miedo (el miedo una vez más) del ambiente⁹. Claro que, en circunstancias así, también quedan expuestas las limitaciones encaradas por los actores sociopolíticos, en especial los recién llegados a la esfera pública, a la hora de moldear o hacer triunfar sus respectivas propuestas programáticas.

La memoria recobrada del 5 de marzo formaba parte, por lo tanto, de un proceso general, acelerado con la muerte del dictador en 1975. Proceso en el que se entremezclaron diversos asuntos del momento: la importancia de los barrios y las asociaciones vecinales, en gran medida actores olvidados de la Transición. Los debates y las movilizaciones sobre la autonomía, especialmente a partir de la luz verde a los estatutos de autonomía en el País Vaco o Cataluña en diciembre de 1979, o su concesión en 1980 a Andalucía¹⁰. También la necesidad casi vital sentida por una parte notable de la ciudadanía, después de la dictadura, de crear nuevos espacios de afirmación política o social.

⁸ El testimonio, en Álvarez, Ricardo, «La primera Cincomarzada», en *Zaragoza rebelde (1975-2000)*, disponible online en <http://www.zaragozarebelde.org/la-primera-cincomarzada>.

⁹ En cuanto al concepto de *estructura de oportunidades políticas*, puede consultarse un resumen de su uso en Mcadam, Doug, «Oportunidades políticas. Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación», en Doug Mcadam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 49-70. Y, en lo tocante al papel del miedo durante la Transición, nos basamos en los ya habituales trabajos de Aguilar Fernández, Paloma, «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del “pacto de silencio”», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 254-294, y más ampliamente *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008.

¹⁰ Un excelente análisis del proceso, en este caso circunscrito al ámbito catalán, en Molinero, Carme, e Ysàs, Pere, *La cuestión catalana: Cataluña en la transición española*, Barcelona, Crítica, 2014, en concreto las pp. 274-332. Para el caso aragonés, aunque más centrado en la evolución concreta del aragonésismo, Serrano Lacarra, Carlos, y Ramos Antón, Rubén, *El aragonésismo en la transición*, Zaragoza, Rolde, 2002.

Pero no comprenderemos la Transición, y quizás esto sea aplicable a la España surgida de ella, sin tener presente que la dictadura fue tremendamente efectiva a la hora de imponer su particular desmemoria colectiva. Circunscritas a ámbitos más o menos reducidos, limitadas por lo general a ciertas minorías, las *culturas políticas* que podríamos calificar como *históricas* (republicanas, liberales, socialistas, anarquistas, comunistas, entre otras varias) acabaron fulminadas por el conflicto y casi cuarenta años de dictadura, o salieron de esta y del exilio absolutamente transformadas¹¹. Como era de esperar, y hemos visto hasta la saciedad durante nuestro trabajo, el contexto repercute sobre la memoria: en lo que a nosotros afecta, entre 1936 (último 5 de marzo celebrado antes de la guerra) y este 1979 transcurrieron exactamente treinta y nueve años de desmemoria y casi otros cuatro de incertidumbre. Redondeando, hablamos de cuarenta y tres años de olvido.

Más aún, en este como en otros casos las reapariciones operan, como es lógico, también en un ámbito simbólico: no se trataba de reinventar sin más una fiesta, sino de proclamar indirectamente una determinada forma de ocupar el espacio público, de entender lo colectivo, o de reabrir las puertas a formas de sociabilidad festiva laica y no institucionalizadas. Es decir, opuestas a un calendario dominado básicamente, como ya hemos visto con reiteración, por las celebraciones religiosas del catolicismo. Era también una forma indirecta de participar en política, no solo porque toda *performance* pública de este cariz implica un cierto acto político, sino porque hacer resurgir el 5 de marzo era forzar la apropiación de una tradición histórica remontada hasta el liberalismo del XIX y sus herederos. «Vimos enseguida», apuntaría muchos años después Demetrio Morato, «que con ella se restauraba una fiesta verdaderamente popular con la que, de modo espontáneo, conectaban viejos y jóvenes, hombres y mujeres, los cuales, casi sin saberlo, conectaban también con quienes muchos años antes se había echado a la calle aquel 5 de marzo de 1838»¹². *Mutatis mutandis*, estas palabras no hubieran sonado demasiado extrañas a los que crearon y perpetuaron el mito en el siglo XIX, ni a sus propias reapropiaciones.

En último término, debemos valorar la dificultad implícita a retomar una conmemoración dentro de una ciudad cuya población carecía, en gran medida, de anclajes afectivos con el pasado. Quizás por ello la única posibilidad de hacer factible la recuperación pasara por la acción de minorías activas, o por asociaciones como la Federación de Asociaciones de Barrio de Zaragoza, muchas veces estrechamente vinculados. El protagonismo que había ido tejiendo este tipo de asociaciones vecinales desde la propia dictadura es hoy incuestionable y, como en nuestro caso, su presencia se consolidó durante el período 1977-1979¹³. La FABZ,

¹¹ Encontramos una reciente e interesante aproximación comparativa sobre la evolución de socialistas y comunistas durante el período en Andrade, Juan, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2015.

¹² El entrecomillado es parte del testimonio personal de Demetrio Morato, en «La Cincomarzada: en primera persona», *La calle de todos*, abril (2009), p. 11.

¹³ Ofer, Inbal, «El género de la ciudadanía: protestas callejeras y la transición española a la democracia, Madrid, 1975-1979», en Ismael Saz Campos y Ferran Archilés (coords.), *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012, pp. 185-207.

en concreto, surgió de la confluencia de diversas organizaciones vecinales y tuvo su primera reunión formal en diciembre de 1978, semanas antes por lo tanto del primer 5 de marzo posfranquista¹⁴. Recordemos, para calibrar todavía más acertadamente el proceso, que a esas alturas todavía permanecían en el poder municipal los mismos que lo habían capitalizado en la etapa final de la dictadura.

Todos estos extremos no eran sino manifestaciones de cómo las sociedades crean y recrean, construyen o reconstruyen, unas identidades que, como sabemos, ni se pierden en la noche de los tiempos ni son inmutables. La *Cincomarzada* fue reinventada en los años posteriores a la muerte del dictador, entre otras cosas porque difícilmente podía ser de otro modo. En realidad, como decíamos antes, no se trató de una excepcionalidad zaragozana puesto que, a la postre, la reaparición del 5 de marzo tuvo su correlato en otros muchos procesos similares por toda España. Quizás por eso, después de tanta oscuridad y amnesia forzada, todo el país apareció repoblado por viejas fiestas olvidadas o reprimidas¹⁵.

Existe un elemento añadido a esta recuperación, en apariencia circunscrito al micro-mundo relativamente reducido de la historiografía, a lo mejor conectado con los hechos que acabamos de contar. En marzo de 1977, Carlos Forcadell, profesor ya en la Universidad de Zaragoza, publicó en el semanario *Andalán* un artículo titulado «La “Cincomarzada”: historia de una fiesta popular»¹⁶. No insistiremos en la importancia de *Andalán* como órgano de expresión de una determinada izquierda aragonesa, muy interesado por otra parte en cuestiones locales o regionales, amén de con un componente cultural más que notable (lo cual, entre otras cosas, explicaría una nómina de colaboradores vinculados con el ámbito universitario o, más en general, al mundo de las letras zaragozanas). En cuanto a nosotros, y dentro de este panorama general, no parece pues demasiado extraño que la primera mención conocida por nosotros a la memoria del 5 de marzo tras la dictadura apareciera precisamente en esta publicación y de la mano de un historiador¹⁷. Según las palabras del propio Carlos Forcadell, el artículo se construyó en esencia a partir de numerosas catas en la prensa ara-

¹⁴ Villamayor Lloro, Santiago, «Los primeros meses de la FABZ», *La calle de todos*, 80 (diciembre 2008), pp. 20-21.

¹⁵ A título comparativo, véanse, por ejemplo, los casos analizados en Pérez Pena, Marcos S., «Los 25 de julio en la prensa gallega de la Transición: reivindicaciones identitarias y su representación en los medios», *Análisi*, 35 (2007), pp. 171-188; y Caspistegui, Francisco Javier, «Fiestas locales e identidades: el caso navarro», en Ismael Saz Campos y Ferran Archilés (coords.), *La nación de los españoles...*, *op. cit.*, pp. 361-378. Podemos, asimismo, comparar nuestro caso con el mucho más conocido y analizado de las fallas valencianas, tal y como hizo hace tiempo Ariño Villarroya, Antonio, «La fiesta de las Fallas: una liturgia civil del valencianismo temperamental», *Revista de Antropología Social*, 1 (1992), pp. 29-60.

¹⁶ Forcadell Álvarez, Carlos, «La “Cincomarzada”: historia de una fiesta popular», *Andalán*, 108 (1 de marzo de 1977), p. 13.

¹⁷ Véase el volumen colectivo coordinado por Forcadell Álvarez, Carlos, *et alii*, *Andalán (1972-1987): los espejos de la memoria*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1997, además de Elipe Marco, Francisco, y Marco Sola, Luisa, «Continuidades y rupturas de la Transición política en Aragón: *Andalán* y *El Cruzado Aragonés*», en Carmelo Romero y Alberto Sabio (eds.), *Universo de micromundos. Actas del VI Congreso de Historia Local de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, pp. 179-200.

gonesa posterior a 1838. Sea como fuere, lo cierto es que no podemos descartar que este artículo circulara o fuera conocido por quienes pretendían recuperar el 5 de marzo. Cabe incluso la posibilidad de que, de manera indirecta, ayudara a la recuperación de la jornada festiva a partir de 1979¹⁸.

Así pues, la fiesta «resucitada el año pasado», volvió a celebrarse en 1980 ahora ya en el parque del Tío Jorge, aunque de nuevo en una fecha extraordinaria, puesto que el 5 volvió a ser laborable y hubo que trasladar los actos al domingo 9. Tras la experiencia del año previo la organización dispuso un programa bastante más amplio de actividades que abarcaron buena parte de la mañana y de la tarde: campeonatos de petanca, charangas, espectáculos infantiles, competiciones deportivas aragonesas, exposiciones, comida campestre, actuaciones de la banda de la Diputación, etc. De paso, el Ayuntamiento aprovechó el acto para inaugurar la nueva ampliación del parque del Tío Jorge¹⁹. Claro que el aplazamiento había resultado en la transformación de la «cincomarzada» en «nuevemarzada» y no fue para algunos lo que podríamos calificar precisamente como un acierto: puesto que ya había sido recuperado el nombre de la calle, se quejaban, por ejemplo, en el *Heraldo de Aragón*, no hubiera estado fuera de lugar «devolver a la solemnidad todo su rancio sabor, por más que la alameda de Macanaz ya no es lo que era, después de haberla convertido en parque, circunstancia esta que ya no permite ir allí de merienda como antaño». Aun así «principio quieren las cosas»: pero quizás fuera pedir demasiado para una España donde muchas posibilidades resultaban ajenas a amplios sectores de la sociedad civil, por no hablar de peligrosas para los poderes fácticos que continuaban proyectando su sombra sobre el proceso de transición²⁰.

Sin embargo, queremos acabar este breve repaso a la reaparición del 5 de marzo durante la Transición haciendo notar una pequeña curiosidad: en cierto sentido, la «nueva» *Cincomarzada* representó uno de los puntos culminantes, al menos a nivel local, de esa primera etapa de andadura hacia la democracia. Fue, por decirlo de alguna manera, una muestra añadida a unos años de movilización y descubrimientos (o redescubrimientos). Sin embargo, tras 1979 o 1980, con la gradual normalización de la práctica electoral, muchos de los que habían impulsado estas movilizaciones desde diferentes formaciones, políticas o sociales, tendieron a transformarse en parte constitutiva del poder municipal. Simplemente, a partir de los primeros ochenta la *Cincomarzada* se normalizó como práctica, a la vez festiva y reivindicativa, de igual manera que se normalizaba el acceso al poder local de los nuevos actores políticos surgidos en los años previos: tanto es así que, precisamente desde entonces,

¹⁸ En 1978, publicó María Rosa Jiménez su artículo «Zaragoza, 5 de marzo de 1838 (un episodio de la Primera Guerra Carlista)», *Cuadernos de Investigación. Geografía e Historia*, 4 (2) (1978), pp. 109-123 y, desde otra óptica en absoluto carente de interés, a finales de los ochenta hizo aparición el estudio *La Cincomarzada*, de Francisco Asín Remírez de Esparza (Zaragoza, Ibercaja, 1989). Para la metodología empleada por Carlos Forcadell en aquel primer artículo sobre el 5 de marzo, *vid.* su «Presentación» en Mayoral Trigo, Raúl, *El cinco de marzo de 1838 en Zaragoza. Aquella memorable jornada... (1837-1844)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, pp. 9-12.

¹⁹ *Heraldo de Aragón*, n.º 27977, domingo, 9 de marzo de 1980, p. 11.

²⁰ «En voz alta», en *Heraldo de Aragón*, n.º 27978, martes, 11 de marzo de 1980, p. 7.

el Ayuntamiento se convierte en organizador de la fiesta junto a la FABZ²¹. Entraríamos de esta forma prácticamente en el presente inmediato, casi en la actualidad.

Comparativamente, solo otro acontecimiento *identitario fuerte* de la historia contemporánea, los dos Sitios padecidos por la ciudad entre 1808 y 1809, podría haber generado en el pasado una práctica ritualizada de carácter igualmente festivo y laico. De hecho, como en el madrileño 2 de mayo o el mismo 5 de marzo, los Sitios reunían todos los componentes para la construcción conmemorativa: fueron una muestra de independencia frente a un «otro» exógeno a la comunidad, posible gracias a la resistencia popular dirigida por los representantes de la elite local. Que sus resultados no fueran precisamente positivos (murieron miles de habitantes, la ciudad quedó en gran medida destruida y los sitiadores acabaron ocupándola) no restaba ni un ápice a su potencialidad. Todo lo contrario, ya que este drama colectivo implicaba una importante vertiente sacrificial: la derrota abrió las puertas de la inmortalidad para los defensores, muestra humana a su vez de una larguísima tradición de lucha local por la independencia y un ejemplo a seguir. No en vano, perder puede ser tan cautivante para la creación de un mito como la victoria más aplastante.

Por supuesto, lo anterior exigiría matices que no vamos a enumerar. Al fin y al cabo, hablamos de los mimbres necesarios para la construcción del hecho conmemorado y no de un análisis pretendidamente científico o historiográfico del mismo. Pero si se tratara de elegir un acontecimiento que condense todo lo razonablemente exigible a una praxis conmemorativa, los Sitios rozarían la perfección. Y, sin embargo, en contra de su peso en nuestra memoria local o de su uso recurrente por todo tipo de variantes políticas, no dieron pie a lo largo de buena parte del siglo XIX a una festividad, al menos a una festividad reclamada, asentada e interiorizada más allá de momentos esporádicos. En cambio, sí lo hizo el 5 de marzo porque, entre otras cosas, se encontró con las condiciones para ser respectivamente mito colectivo local, conmemoración ritual y fiesta popular. Dicho de otra forma, se encontró ni más ni menos con el contexto de una guerra civil, la primera de nuestra historia contemporánea, en la que uno de los contendientes y sus apoyos sociales intentaban y necesitaban, en paralelo a la violencia del conflicto, levantar un nuevo tipo de legitimación.

Además, el mito de los Sitios, no menos construido que el del 5 de marzo, no parecía ser un buen referente para Zaragoza hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando se asoció cada vez más con el conservadurismo y cada vez menos con la interpretación que de él hicieron los liberales del XIX. Más aún, el enemigo derrotado por los zaragozanos a principios del XIX no era absolutista, ni reaccionario, ni ultracatólico, como los carlistas de 1838, sino el heredero de la Revolución francesa. Así que si algo había que pudiera simbolizar la lucha popular contra fuerzas reaccionarias, de entre lo poco que se conocía entonces acerca de las culturas políticas surgidas en el Ochocientos, era el 5 de marzo. Creo innecesario

²¹ De hecho, a finales de los ochenta el Ayuntamiento de la ciudad dirigido por el socialista Antonio González Triviño publicó una pequeña obra de carácter divulgativo sobre la fiesta y sus orígenes, la única de su tipo existente a día de hoy. Vid. López Garrañcho, Blas. *La Cincomarzada: siglo y medio de fiesta (1838-1988)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza / Concejalía de Acción Cultural, 1988.

recordar a estas alturas que la memoria reconstruye el pasado adaptándose a las coyunturas, y que estas se encuentran en cambio continuo.

En todo caso, el recuerdo y las conmemoraciones de aquel 5 de marzo de 1838 tocaron siempre temas relacionados con la conformación progresiva de las culturas políticas surgidas en el siglo XIX y que perdurarían, con sus evoluciones particulares, hasta la quiebra de la Guerra Civil, en 1936-1939. Como tales, uno y otras se empaparon de los debates de cada coyuntura, contribuyendo así desde lo local a generar espacios más amplios de participación política. Pero cuando por fin llegó a su punto máximo la construcción de «nuestras» identidades locales (como la zaragozana) o regionales (el aragonesismo folclórico predominante), en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras etapas del XX, el 5 de marzo quedó relegado a los márgenes, a su asentamiento como festividad popular, o a espacios alternativos que por su falta de control institucional eran incapaces de generar desde el poder una política propia del recuerdo. El 5 de marzo encontró a partir del cambio de siglo tremendas dificultades, sobre todo porque tuvo que pugnar con espacios de identidad colectiva asumidos bajo nuevas interpretaciones por el conservadurismo, entre ellos y por encima de todos el mito de los Sitios de 1808-1809, o la todopoderosa presencia de la Virgen del Pilar. Todo esto era tanto como contraponer una festividad laica, liberal y luego republicana, al pensamiento católico conservador que dominaba institucionalmente la ciudad²².

Avanzando el tiempo, el 5 de marzo también tuvo que aprender a convivir con otros espacios de sociabilidad, propios en cualquier caso de una Zaragoza cambiada. A medida que la ciudad alteraba tímidamente su tradicional perfil, surgieron festividades y lugares de la memoria más actuales, vinculados a las luchas del movimiento obrero internacional, nacional o local. Ante este panorama, el 5 de marzo quedó cada vez más relegado a sectores concretos de la oposición al restauracionismo, por ejemplo, el republicanismo no posibilista, y así seguiría hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936. Pero se produjo también, y al mismo tiempo, un proceso de apropiación popular. Por supuesto, las celebraciones populares venían de atrás y, de hecho, pueden retrotraerse hasta prácticamente el mismo natalicio de la conmemoración en 1838-1839, ya que el progresismo local, inserto como estaba en pleno proceso de redefinición de las representaciones colectivas, generó un programa festivo bastante amplio y relativamente complejo. Pero el protagonismo aquí no pasó en preferencia a las clases populares, sino que estas continuaron siendo un invitado secundario en los actos de tipo institucional, con ciertas salvedades. Ahora bien, a partir de este poso y de su amalgama con formas de sociabilidad que venían de atrás, los zaragozanos se fueron apropiando poco a poco del día, dándole de paso un carácter eminentemente festivo.

²² La construcción de una esfera pública nacional excluyente durante la Restauración, en una dialéctica «desde abajo» y «desde arriba», en Archilés, Ferran, y García Carrión, Marta, «En la sombra del Estado. Esfera pública nacional y homogeneización», *Historia Contemporánea*, 45 (2012), pp. 483-518. Para las pugnas entre estas dos culturas políticas en la Zaragoza de los primeros años del siglo XX, en este caso en torno a la apropiación del Centenario de los Sitios por unos u otros, véase Forcadell, Carlos, «Políticas de la memoria en la Zaragoza de 1908: el Centenario de los Sitios y la Exposición Hispano-Francesa», en Pedro Rújula y Jordi Canal (eds.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons / Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 347-368.

El proceso, que aquí volvemos a resumir una vez más, se aceleró según detectamos por las fuentes archivísticas o hemerográficas a partir del Bienio y, más aún, durante los años sesenta. Llegada la Gloriosa de 1868, volvió a experimentarse un periodo de eclosión festiva notablemente intenso, al menos durante las primeras etapas del Sexenio. De tal manera que, de forma cada vez más evidente, convivían dos formas de celebración: la popular, festiva y en gran medida despolitizada, junto a la institucional, dotada de un carácter evidente de pedagogía cívica, quizás más abierta a principios de los setenta a cierta participación popular, pero en cualquier caso todavía institucionalizada y más o menos rígida. Además, en estos años sesenta el 5 de marzo tuvo un papel en absoluto tangencial con respecto a la gran política nacional: tanto en 1864 como en 1865, su celebración estuvo estrechamente relacionada con los reposicionamientos que por entonces tenían lugar en las fuerzas políticas contrarias al predominio unionista-moderado. Y como tal su memoria, claramente construida por el liberalismo progresista, entró también por los poros de demócratas y republicanos, que la asumieron como propia hasta encajarla en su tradición de luchas del pasado, reivindicaciones del presente y pretensiones de futuro.

Pero todo lo anterior, y querría insistir en este tema, aun siendo de suma importancia, no hubiera pasado de ser algo bastante típico del XIX de no haberse cruzado por el medio la apropiación popular o festiva. Si el 5 de marzo se hubiera mantenido apegado a los discursos políticos de progresistas, demócratas o republicanos, si estos se hubieran limitado a incardinarlo en su trayectoria concreta, es bastante probable que también pudiera haber tenido lugar su desaparición después de 1875-1876, o incluso antes. Evidentemente, estamos haciendo un pequeño juego de historia ficción, que sin embargo no creemos improbable: simplemente, las culturas políticas del XIX habrían acabado por hacer del 5 de marzo un episodio más en sus luchas incesantes, si se prefiere una etapa tan solo de un pasado construido, pero lejos del papel vertebral que sí tuvo hasta mediados de los sesenta. Creo, en definitiva, que fue por el contrario la apropiación popular y su carácter festivo lo que le permitió continuar vivo en la Zaragoza restauracionista, conviviendo de este modo con las nuevas elites que copaban el poder político, como decíamos antes cada vez más conservadoras, convencionales y católicas. Sobrevivió porque se convirtió en una fiesta tolerada, conveniente incluso, aceptada por sectores socialmente amplios y despolitizada, con la esporádica salvedad de los achuchones procedentes del republicanismo no posibilista o de sus herederos. Paradójicamente, esta supervivencia festivo-popular hizo que sí continuara viva una cierta memoria, primero a través del discurso de hermandad, olvido y reconciliación que eclosiona a partir de los años finales del Sexenio, y más aún durante la Restauración borbónica. Y segundo, porque esta memoria, no siendo ya un recurso omnipresente de las culturas políticas nacionales, sí podía invocarse en determinados momentos mezclándola con hechos puntuales. De ahí que, llegada la Segunda República, el recuerdo todavía fuera lo suficientemente fuerte como para impulsar el eterno proyecto de construir un monumento en honor de aquella batalla ya tan lejana.

Sin embargo, el 5 de marzo se convirtió poco más tarde en otra víctima del mismo golpe de Estado que, fracasado en parte del territorio nacional, daría inicio a la Guerra Civil a partir del verano de 1936. Por su origen liberal, por el uso que de él hicieron las culturas políticas del siglo XIX, o por su apropiación popular, ni la fiesta ni la memoria del 5 de marzo podían sobrevivir en el clima de la Zaragoza conquistada por los sublevados. A partir de ese verano de 1936 las autoridades surgidas del golpe suprimieron simbólicamente el nombre de *Cinco de Marzo* del callejero zaragozano para sustituirlo por el más expresivo de *Requeté aragonés*. Unos meses más tarde, en la sesión celebrada por el Ayuntamiento el 3 de marzo de 1937, se declaraba suprimida la festividad del día. La *Cincomarzada*, porque así se conocía ya por entonces, sucumbió a la larga noche franquista, y así fue hasta los primeros años de la Transición democrática, cuando se hizo factible su recuperación por iniciativa popular.

Cabe preguntarse si en el presente la celebración del 5 de marzo, la *Cincomarzada*, contribuye a generar una identidad concreta, local o regional. Más aún, ¿tiene su memoria en el momento actual un peso parecido al que tuvo hasta el golpe de Estado de 1936? Quizás carezcamos todavía de la debida perspectiva histórica, aunque la respuesta en ambos casos me temo que debería ser igualmente ambivalente. Desde luego, y como entonces, es innegable su arraigo popular y festivo. La asistencia de público y participantes así lo demuestran, y algo de esto podría explicar la ocurrencia más reciente de comercializar con ocasión del día un pastel en forma de cinco. Por otro lado, la fecha mantiene asimismo buena parte del empuje reivindicativo que adquirió a partir de su reinención en 1979, precisamente algo de lo que en gran medida se había despojado a la altura de 1936. Pero a pesar de lo anterior, su tradicional importancia en cuanto colector de sensibilidades políticas enfrentadas ya no es aplicable a la actualidad. Con los oportunos matices que siempre deben exigirse al investigador, lo cierto es que las fuerzas políticas que hasta ahora han dirigido las instituciones locales lo han asumido, en general y con algunas mínimas excepciones, sin ánimo de usarlo como arma en sus legítimos enfrentamientos. Tampoco se ha puesto en cuestión su continuidad, ni su existencia es objeto de trifulcas políticas o mediáticas. E incluso lo conveniente o inconveniente de celebrar un día que retrotrae hasta una lejana guerra civil no tiene comparación, social o periodística, con los acalorados debates que sí continúan asociándose a otras fechas de nuestro pasado reciente.

Por lo demás, también es seguramente cierto que muchos zaragozanos tendrían problemas para explicar qué es la *Cincomarzada*. Es probable que la inmensa mayoría sepan sobre el carácter festivo del día, quizás también sobre el lugar o lugares en los que se celebra, e incluso es casi seguro que una buena parte habrán asistido a ella en uno u otro momento de su vida. Más complicado sería encontrar a quienes puedan dar una mínima explicación acerca del contexto histórico de lo celebrado: a la altura de este 2017 estos problemas de explicación no tienen tanto que ver con la presencia del franquismo o su éxito en borrar las tradiciones liberales sino, más bien, con esa suerte de desconexión hacia el pasado que se extiende entre nuestras sociedades, la española en general y la zaragozana en particular.

Es verdad, precisamente incidiendo en esto, que las instituciones no contribuyen demasiado a facilitar las cosas. Por ejemplo, no clarifica las indecisiones históricas de la ciudadanía mezclar la *Cincomarzada* con un extraño mercado sobre los Sitios de 1808-1809, como hizo en 2015 el consistorio zaragozano, obviando el pequeño detalle de esas tres décadas exactas que separan a ambos acontecimientos, o sus contextos absolutamente diferentes. Tampoco escapa a estas problemáticas el actual gusto por el *revival* seudohistórico que tiene en los *re-enactments*, o lo que en Francia se conoce como *l'Histoire vivante*, uno de sus fetiches predilectos²³. Lo cual no quiere decir, claro está, que los actos que cada 5 de marzo reúnen a miles de zaragozanos en alguno de sus parques carezca de ímpetu reivindicativo.

²³ Salmon, Christian, *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Barcelona, Península, 2008.